COSAS DONOSTIARRAS

LA GIMNASIA EN SAN SEBASTIAN

Nadie se acuerda que esta capital fué, en determinada epoca, pueblo de gimnastas.

Antes de conocerse aquí los aparatos gimnásticos, hubo gran inclinación hacia los ejercicios de fuerza.

En aquellos días en que se paseaba mucho por el muelle, la gente joven acudía al puerto con objeto de hacer ejercicio de fueza, subiendo en flexión y ángulo recto por las cuerdas del palo mayor de las corbetas que descansaban en la dársena.

Este es un detalle, pequeño si se quiere, pero que atestigua la afición que hubo á la gimnasia en nuestro pueblo.

El tipo de aquí, el donostiarra, es en general alto, nunca barrigón, de semblante poco abultado, de musculatura recia, de conjunto elegante y bien dibujado, acostumbrado al ejercicio.

Como hemos dicho, mediante el ejercicio, adquirían los jóvenes donostiarras buenos brazos y *pectorales* de alto relieve.

Hace dos años que falleció á la edad de los noventa y bien cumplidos el que nos contaba lo que acabamos de consignar acerca de la gimnasia en el muelle; este caballero vascongado era don Joaquín de Olarán.

Llegó el año de 1870 y se inició la fundación de una Academia de gimnasia con aparatos de los más modernos.

Dirigida por los inolvidables José Peña y Marcelino Soroa, se celebró la apertura del primer gimnasio donostiarra, en el piso bajo de la casa de Heriz.

El gimnasio abrió sus puertas con este rótulo: «Academia de gimnasia dirigida por los hermanos Arquímedes».

Y como fruto de lo que se trabajó en aquel Centro, fué la memorable función que tuvo lugar el año 1872 en el Circo (hoy residencia de los PP. Jesuítas), se presentaron como hábiles gimnastas y acróbatas: Peña, Soroa, Arcelus, Alberro, Goenaga, Prol, Otero, Iribas, etcétera, grupo completísimo, que componía una compañía distinguida.

Aquella noche, al hacer un molino de riñones en el doble trapecio, con pólvora en los pies, Marcelino Soroa, sufrió quemaduras de consideración en el muslo derecho.

Poco después vino la guerra carlista y se deshizo el gimnasio de la casa de Heriz.

Y pasó el tiempo sin Academia, hasta que llegó el año 1877.

Soroa tornó de Francia, y el Ayuntamiento estableció una Academia de gimnasia en el sótano de las Escuelas de la calle de Peñaflorida, perfectamente dispuesta.

La dirección se le confirió á Soroa.

La Academia presentaba magnífico aspecto; la colección de aparatos la componían los siguientes juegos de ejercicio: tropecios sencillos y dobles de hierro y de madera; maromas lisas y de nudos; juegos de perchas de clases distintas para prácticas diversas; escaleras terrestres y de marina; juego de picas; juego de poleas; anillas de todas clases y dimensiones; juegos de bastones; completa colección de pesas; gomas para prácticas de fuerza; barras de hierro y de madera; escalera ortopédica; escalera horizontal; potro inclinado; paralelas de distintos sistemas, etc., etc.

El gimnasio de la calle de Peñaflorida se abrió de conformidad con los aficionados más exigentes.

En las paredes del local se colocaron cuadros de toda oportunidad, que representaban trabajos de gimnástica; en el testero principal se admiraba dentro de marco costoso una preciosísima corona de metal. dedicada por los amigos á los «Hermanos Arquímedes»

Del muy memorable gimnasio salieron artistas de todo mérito, cuyos nombres todavía conservamos: Miqués, Reigosa, Antonio Agui-

rre, Bartolomé Aguirre, Echeverría, Elola, y con el recuerdo de otros nos es infiel la memoria.

Un acuerdo que aprobó el Ayuntamiento mereció los elogios más entusiastas: que para los niños de las escuelas públicas fuera obligatoria la gimnasia, como así estuvo en vigor durante años.

En las clases particulares se reunían buen número de jóvenes de ambos sexos.

La utilidad de la gimnasia no puede ponerse en duda, pues sería lo mismo que preguntar si es útil moverse y vivir; porque la gimnasia es uno de los grandes medios que la naturaleza emplea para el acrecimiento de las fuerzas físicas.

Veamos un ejemplo ocurrido en esta localidad, del cual fuimos testigos gustosos:

Un padre andaba preocupado por el estado delicado de su hijo. El chico presentaba síntomas de determinada enfermedad cruel. Una tarde paseaban padre é hijo, y se encontraron con toda fortuna con el inolvidable Soroa y un doctor francés.

—¿Qué tal, que tal va el jóven?—interrogó el director del gimnasio.

—Con poca fuerza—contestó el chico.

—Pues bien—dijo Soroa con empeño y á la carrera—; desde mañana, sin falta, irás al gimnasio, y dentro de poco tiempo te aseguro que te curarás; todo lo que tu tienes no es más que «carencia de empuje del desarrollo».

Efectivamente, á los dos meses, al chico se le había desarrollado el pecho diez centímetros; el desarrollo se había efectuado ¡La tísis había desaparecido! El chico de ayer, el hombre de hoy, vive con riqueza de pectorales y musculaturas modeladas

¡Esto hace la gimnasia!

Hubo también Centro de gimnasia en la casa que forma esquina á las calles de Embeltrán y Mayor, frente al teatro Principal y en la Sociedad «La Fraternal» en la plazuela de Lasala.

De las jóvenes que asistieron al gimnasio de la calle do Peñaflorida, recordamos los nombres de algunas: Olascoaga, María de Aizpúrua, Carmen Besné, Rufina Soroa, Paquita y Teresita Rodríguez, Elisa Córdova, Luisa Uranga, etc., etc.

Ahora, apuntar los nombres de los varones seria prolijo trabajo que nos ocuparía mucho lugar.

En esta época produjo el gimnasio una juventud recia y sana.

Podemos consignar que de aquellos gimnasios de entonces, en la actualidad figuran con reputación unos y otros; marinos distinguidos, médicos acreditados, artistas que han trabajado en el Real con todo aplauso, jefes de Estado Mayor, literatos eximios, pintores de fama, militares que cuentan verdadera historia, curas apreciables, etc. etc., todos ellos que saltaron por el trampolín de nuestro gimnasio, que hicieron pesos de fondo en estas paralelas, aguantaron las costaladas y caídas de la barra y se extendieron en la escalera ortopédica.

También el gimnasio que estableció en «El Higiotrepo» el doctor Victor Acha fué muy apreciable.

El año 1879 se representó en los jardines del Higiotrepo una función de gimnasia por los discípulos de Soroa.

A causa de naufragios ocurridos en el Cantábrico, se dieron diversas funciones de gimnasia, por el personal de la Academia de Peñaflorida.

En la plaza de toros, en Zubieta con motivo de la inauguración de la lápida de la casa de Aizpúrua, en el teatro del Circo de la calle de Andía, en el circo de Arana que existió sobre el mismo solar que hoy ocupa el Gran Casino, y en el Teatro Principal, se presentaron los gimnastas de la Academia de Soroa, alcanzando éxitos inolvidables, el aplauso entusiasta de los vecinos donostiarras.

Si fuéramos á relatar detalles saldríamos de las proporciones de un artículo.

El último director del gimnasio municipal ha sido el finado Norberto Luzuriaga.

El autor de estas líneas, fué su *hermano de gimnasia,* los dos, durante años, hicieron el doble trapecio, los dos juntos se presentaron en la barra, y juntos se les vió en cuantos actos ó espectáculos benéficos tuvieron lugar, «Hermanos Arístides», nombres con que fueron bautizados por los «Hermanos Arquímedes», etc.

Siempre que se hable en San Sebastián de gimnasia, nunca se podrá prescindir de los nombres Peña, Soroa y Alberro; el primero fué gimnasta muy entendido, que consiguió extraordinaria práctica en los molinos y en las caídas; el segundo, con verdadero tipo de gimnasta, con aquella cabeza de abundante cabellera rizada, demostró ser especialidad en planchas de pecho y riñones, con las combinaciones de maestro elegante; y Alberro, dominando la barra, merced á aquélla

musculatura tan bien dibujada, se presentaba en pistas y en academias como artista distinguido.

*
* *

San Sebastián á pesar de su historia en la gimnástica, no tiene hoy una academia á la altura de su importancia.

El Excmo. Ayuntamiento, que sabe hacer las cosas con admiración de todos, debe fundar un gimnasio moderno, en donde se lea:

«San Sebastián gimnástica.

Academia Municipal de gimnasia higiénica.»

F. LÓPEZ ALÉN.